

de algunas de esas formas de gobierno que no tenían nada de humano; desgraciadamente, este último hecho no ha sido una ventaja para la humanidad.

He aquí, mi querido amigo, un bosquejo de mi apreciación de los acontecimientos recientes. Así me explico los dos sistemas, el de Robespierre y el de Pitt (3), la conducta de las asambleas y la del pueblo. Y para justificar mi opinión en cada caso, vuelvo á la tesis: los vacíos de la enseñanza, ó más bien, los procedimientos artificiales que trastornan todas las leyes naturales de la enseñanza, han conducido á esta parte del mundo á la situación en que ahora se encuentra, y contra las revoluciones políticas, morales y religiosas que ya han tenido lugar y contra aquellas que hay que esperar aún, el solo remedio posible es volver las espaldas á la superficialidad, defectuosidad y charlatanismo de nuestra instrucción popular y reconocer que *la intuición es el fundamento absoluto de todo conocimiento*, ó en otros términos, que *todo conocimiento debe proceder de la intuición y poder ser reconducido á la intuición* (4).

CARTA X.

Amigo, la intuición, en cuanto es considerada como el punto de partida de la enseñanza, no debe ser confundida con el *arte de la intuición*, que es el estudio de las relaciones de las formas. La primera, como el fundamento común de los tres medios ele-

mentales de la instrucción, precede mucho antes al arte de la intuición, al arte del cálculo y al arte del lenguaje. Si se considera á la intuición aisladamente y en sí misma, en oposición al arte de la intuición, ella no es otra cosa que la simple presencia de los objetos exteriores delante de los sentidos y la simple excitación de la conciencia de las impresiones que ellos producen. Con ella principia la naturaleza toda enseñanza. El niño de pecho recibe esa enseñanza; la madre se la da. Pero el arte no ha hecho nada en esto para marchar á la par de la naturaleza. En vano se presentaba á su vista el más bello espectáculo: la madre que muestra el mundo á su hijo pequeñito; él no ha sacado de ese espectáculo nada, absolutamente nada para la educación del pueblo.

Yo quiero, mi querido Gëssner, copiar aquí un pasaje que escribí un año ha sobre este punto de vista y que me inspiró entonces la idea de ese arte más arriba mencionado.

“Desde el momento en que la madre toma en sus brazos al niño, ella lo instruye, por cuanto ella le aproxima á los sentidos los objetos que la naturaleza le presenta diseminados, lejanos y confusos y le hace fácil, agradable y atractiva la práctica de la intuición y, por consiguiente, el conocimiento mismo que proviene de ella.

“Sin fuerzas, sin cultura, adhiriéndose sin guía y sin auxilio á la naturaleza, la madre, en su inocencia, ni aun sabe lo que hace. Ella no tiene la intención de instruir á su hijo, ella quiere únicamente calmarlo, ella quiere solamente ocuparlo;

“mas ella sigue no obstante la marcha elevada de
 “la naturaleza en su más pura sencillez, sin darse
 “cuenta de lo que la naturaleza hace mediante ella;
 “y la naturaleza hace mucho por su mediación. De
 “este modo abre el mundo á su hijo, lo prepara á
 “á que haga uso de sus sentidos y para el desarrollo
 “temprano de su atención y de sus facultades intuitivas.

“Que siga hoy esa marcha elevada de la naturaleza; que se una todo lo que puede ser unido á ella;
 “que se haga posible al corazón de las madres, por medio del auxilio del arte, el continuar con una sabia libertad, á medida que vaya creciendo el niño, la tarea que una impulsión instintiva, ciega, le ha hecho comenzar cuando él era pequeñito; que se interese también en esta obra al corazón del padre, é igualmente que se le haga posible á éste, por medio del auxilio del arte, dar al niño, adaptándolo á su posición y á las condiciones de su existencia, todas las cualidades que él necesita para adquirir y poseer mientras viva, mediante una buena administración de sus intereses esenciales, la satisfacción íntima de su conciencia. ¡Cuán fácil no será contribuir así, y en una gran parte, para colocar al género humano en general y á cada hombre en particular, en su esfera, en estado de asegurarse una vida tranquila, apacible y contenta, á pesar de las dificultades de su situación desfavorable y de todos los males de tiempos adversos!

“¡Dios mío, qué beneficio sería para la humanidad!
 “Mas nosotros no hemos adelantado en esto ni aun hasta el punto en que se encuentra la mujer del

“Appenzell. Ésta, desde las primeras semanas que
 “siguen al nacimiento de su hijo, cuelga sobre la
 “cuna un gran pájaro de papel pintado de varios colores, y nos indica de ese modo el punto preciso
 “en que el arte debería principiar á dar al niño un
 “conocimiento claro y estable de los objetos de la
 “naturaleza.”

Querido amigo, quien ha visto á un niño de dos á tres semanas querer alcanzar con piés y manos ese pájaro y en seguida piensa cuán fácilmente sería posible al arte depositar en el espíritu del niño, por medio de una serie de representaciones naturales de este género, un fundamento general para las intuiciones sensibles de todos los objetos de la naturaleza y de los que produce el arte, fundamento que luego se podría, poco á poco y por medios diversos, precisar más circunstanciadamente y extender más y más; quien se haga estas reflexiones y no sienta al mismo tiempo cuán fatal nos es la rutina de nuestra educación gótico-monástica, que ha llegado á ser impotente aun como educación gótico-monástica y que nos causa la más grande aversión, es en efecto un sér incorregible.

El pájaro del Appenzell es para mí lo que el buey Apis para los egipcios, un objeto sagrado. Yo he hecho cuanto he podido para comenzar mi enseñanza por el punto de que parte la mujer del Appenzell. Yo he ido más allá todavía: yo no he abandonado, ni aun en el primer punto de partida ni en toda la serie de los medios de adquirir los conocimientos, á la casualidad ninguna de las impresiones que la naturaleza, el medio en que él vive y el amor

maternal ofrecen al niño desde su más tierna edad; yo he hecho cuanto ha estado en mis fuerzas para hacer posible el presentar á los sentidos del niño, aun en esa edad, lo que hay de esencial en las nociones intuitivas, dejando á un lado lo accidental, y de hacerle indeleble la conciencia de las impresiones recibidas.

El primer curso del *Libro de las madres* no es más que un ensayo para elevar la intuición misma á un arte y para llegar á dar á los niños en los tres ramos elementales de la enseñanza, *forma, número y lenguaje*, la conciencia más amplia de todas las intuiciones que formarán más tarde, cuando ellos tengan un conocimiento más preciso de ellas, la base de su saber.

Este libro no debe ser solamente la exposición más completa de los objetos más esenciales de nuestro conocimiento; él debe también contener los materiales de series continuas de esos objetos que son propios para suscitar en los niños, desde las primeras intuiciones, el sentimiento de las relaciones múltiples y de las múltiples analogías que existen entre las cosas.

El *Abecedario*, considerado desde este punto de vista, desempeña el mismo papel que el *Libro de las madres*. La simple producción de los sonidos y la mera excitación de la conciencia de las impresiones recibidas por el *oído* es para el niño una intuición, tanto como la simple presentación de los objetos delante de los ojos y la mera excitación de la conciencia da la impresión producida en el sentido de la *vista*. Fundándome en esto, he dispuesto ese

Abecedario de modo que el primer curso no es otra cosa que una intuición, es decir, tiene únicamente por objeto presentar al sentido del *oído* y grabar de una manera indeleble en la memoria del niño la serie completa de los sonidos que deben más tarde servir de fundamento á sus conocimientos del lenguaje; y esto precisamente en la misma edad en que, por el *Libro de las madres*, presento al sentido de la *vista* los objetos visibles del mundo exterior, cuyo conocimiento preciso debe constituir más tarde el fundamento de su saber.

Este mismo principio: elevar la intuición á un arte, tiene cabida igualmente en el estudio del tercer medio elemental de nuestros conocimientos. También el número en sí mismo sin el fundamento de la intuición no es para nuestro espíritu más que una quimera. El niño debe conocer la forma antes de estar en estado de concebirla como una relación numérica, es decir, como el fundamento que le dará una conciencia clara del aumento y disminución precisa de los números. Por esta razón, he presentado en el *Libro de las madres* al niño, aun en esa tierna edad, intuiciones múltiples de los diez primeros números: dedos, garras, hojas, puntos, y después también triángulos, cuadriláteros, octógonos, etc.

Después que he hecho esto en los tres ramos de estudio y después de haber continuado así, en ese libro, la intuición simple como el fundamento absoluto de todo conocimiento adquirido por los sentidos, elevo nuevamente la *intuición*, en cada uno de esos ramos, al *arte de la intuición*, esto es, un

medio de considerar los objetos de la intuición como *objetos de nuestro juicio y de nuestras facultades de aplicación práctica*.

En lo tocante á la *forma*, el primer medio elemental de nuestros conocimientos, después de haberlo hecho familiarizarse en el *Libro de las madres* con la intuición múltiple de los objetos y con sus nombres, conduzco al niño por esa senda al *ABC del arte de la intuición*. Este segundo libro está destinado á poner al niño en estado de poder darse cuenta de la forma de los objetos de que el *Libro de las madres* le ha dado una noción precisa pero no clara. Este libro debe conducir al niño, con respecto á las formas de las cosas, á adquirir nociones exactas de las relaciones que existen entre la capacidad de esas formas y el cuadrado, y de este modo, á descubrir en todo el círculo que abraza la enseñanza de este ramo una serie de medios para pasar de las intuiciones oscuras á las nociones claras.

En cuanto al segundo medio elemental de nuestros conocimientos, el *número*, empleo el mismo procedimiento para él. Después que he ensayado en el *Libro de las madres* á hacer adquirir al niño, en su más temprana edad, una noción clara de los *diez primeros números fundamentales*, trato de hacerle conocer, por la agregación sucesiva de una unidad á otra unidad, esas expresiones generales del aumento y de la disminución, es decir, la naturaleza del *dos*, luego la del *tres*, etc. Así hago que los niños comiencen por adquirir primeramente una intuición la más clara y perfecta posible de los primeros ele-

mentos de todas las formas del cálculo, y hago al mismo tiempo que se familiaricen con las expresiones que designan esas formas, de modo que ellos no las olviden jamás. Y les enseño los elementos de la aritmética empleando principalmente series que no son, desde el punto de partida, más que una progresión continua y segura, guiada por la psicología, de los juicios intuitivos grabados profundamente en el espíritu del niño para pasar á una intuición nueva, que no es sino una pequeña agregación á los conocimientos antes adquiridos, pero que sólo asciende, por ejemplo, de 1 á 2 y de 2 á 3. El resultado de este procedimiento, atestiguado por la experiencia, es que, cuando los niños han comprendido perfectamente los principios de una operación cualquiera de aritmética, se encuentran inmediatamente en estado de avanzar de este modo, sin auxilio ninguno ulterior, y de proseguir hasta donde los conduzca la serie misma, según su naturaleza.

Con respecto á mi método, es de notar sobre todo que él conduce á hacer tan claros á los niños los principios fundamentales de un ramo cualquiera de modo que, en cada grado de su aprendizaje, deben ellos apropiarse hasta la perfección lo que saben, y de manera que, siempre que ellos han hecho algún progreso, pueden ser también considerados como maestros de sus hermanos y hermanas menores.

En lo que concierne á la simplificación y aclaración en la enseñanza de la aritmética, el punto más esencial de mi método es el siguiente: yo no doy solamente al niño por medios intuitivos la conciencia indeleble del valor real intrínseco de todas las

relaciones de los números, sino también asocio en su espíritu la conciencia de la verdad intuitiva con la conciencia de la verdad matemática; además, yo he elevado el cuadrado á un medio común del arte de la intuición y del arte del cálculo.

El tercer medio elemental de nuestros conocimientos, el *lenguaje*, es susceptible de la amplificación más grande con respecto á la aplicación de mis principios.

Si por una parte el conocimiento de la forma y del número debe preceder al conocimiento del lenguaje, y este último debe derivarse, en parte, de los dos primeros, en cambio el *progreso* en el *arte del lenguaje* es más rápido que en el *arte de la intuición* y en el *arte del cálculo*. Las *impresiones intuitivas* de la forma y del número preceden precisamente á la aparición de la facultad de las palabras; por el contrario, el *arte de la intuición* y el *arte del cálculo* siguen al *arte del lenguaje*. El gran carácter que marca la originalidad y la superioridad de nuestra naturaleza, el lenguaje, principia á desarrollarse por la *facultad fonética*, ó facultad de emitir los sonidos; después el *sonido*, por una perfección progresiva, se transforma en *palabras definidas* y las *palabras definidas* forman paulatinamente el *lenguaje*. La naturaleza ha necesitado miles de años para dar á nuestra especie un lenguaje completó, y nosotros aprendemos hoy en algunos meses este arte maravilloso para cuyo desarrollo la naturaleza ha empleado varios siglos. Por tanto, nosotros debemos, no podemos hacer otra cosa, para obtener ese resultado, que seguir la misma sen-

da que la naturaleza ha hecho seguir al género humano. Y aquí también ha partido ella incontestablemente de la intuición. El sonido más simple por medio del cual procuraba el hombre expresar la impresión producida en él por un objeto, era ya una especie de expresión de la intuición. El lenguaje de los hombres largo tiempo no fué otra cosa que la *facultad fonética* unida á la *mímica*, que imitaba los sonidos de la naturaleza viva ó inanimada. De la *mímica* y la *facultad fonética* pasó el lenguaje á los *jeroglíficos* y á las palabras aisladas. Durante mucho tiempo se limitó á dar á los objetos particulares nombres particulares. Este estado del lenguaje está expresado de una manera elevada en el Primer Libro de Moisés, cap. II, v. 19 y 20. "El Señor hizo venir á la presencia de Adán todos los animales de la tierra y todas las aves del cielo, para que los *viese* y los *nombrase*" (1). Y Adán dió á cada animal su nombre.

Desde este punto el lenguaje continuó desenvolviéndose poco á poco. El señaló primeramente los caracteres diferenciales más resaltantes de los objetos, y los *denominó*. En seguida llegó á la designación de las particularidades, y con éstas, á las denominaciones de los *actos* y de las *facultades* de las cosas. Mucho más tarde se desarrolló el arte de *dar á una misma palabra varios significados*, de designar la unidad, la pluralidad, la magnitud de su capacidad, la grandeza y la pequeñez con respecto á la forma y al número de los objetos; y de expresar en fin, con exactitud y precisión, por medio de modificaciones en la estructura y en la composición

de la misma palabra, todos los cambios y todos los modos de ser de un objeto, que producen en él las diferencias de tiempo y de lugar.

En todas esas épocas ha sido el lenguaje para el hombre un medio artificial no solamente para *representarse* exactamente el esclarecimiento real y progresivo de las intuiciones de toda especie, sino también para hacer inolvidables las impresiones recibidas.

La enseñanza del lenguaje, según su naturaleza, no es pues otra cosa que un conjunto de adquisiciones psicológicas para expresar las impresiones (sensaciones é ideas) y para *hacerlas durables y trasmisibles* con todas sus modificaciones, ligando á palabras esas impresiones que de lo contrario serían *fugitivas é incommunicables*. Mas, en virtud de la identidad eterna de la naturaleza humana, sólo se puede obtener ese resultado poniendo de acuerdo la enseñanza del lenguaje con la marcha primordial que sigue la naturaleza misma para hacer de la facultad de la palabra un arte y para elevarla á la altura y á la potencia en que lo poseemos en la actualidad. Es decir, que toda enseñanza del lenguaje debe partir de la *intuición*; ella debe hacer superflua la *mímica*, por medio del *arte de la intuición* y la *ciencia de los números*; ella debe sustituir la imitación de los *sonidos de la naturaleza viva é inanimada* por series de *sonidos convencionales*; en seguida, debe pasar gradualmente de la *fonología*, ó más bién del ejercicio general del órgano de la voz en todos los sonidos humanos posibles, á la *onomatología*, á la nomenclatura, y de ésta á la

gramática, á las modificaciones y combinaciones gramaticales de las palabras; pero también debe ella, en esa graduación, avanzar lenta y progresivamente siguiendo la marcha que le indica la naturaleza en el desarrollo de los pueblos con respecto al lenguaje.

Empero, ahora se presenta esta cuestión: ¿Cómo he seguido en la *fonología*, la *lexilogía* ú *onomatología* y la *gramática* la *marcha natural* correspondiente á los tres períodos en que la naturaleza y la experiencia han dividido el desarrollo de la facultad del lenguaje? ¿cómo he puesto de acuerdo las formas de mis medios de enseñanza en esos tres grados con los tres períodos mencionados? Yo he dado á la *fonología* la extensión más grande de que ella es susceptible, conservando y designando las vocales como las verdaderas raíces de todos los sonidos y colocando sucesivamente cada una de las consonantes ya antes, ya después de las vocales. Así he hecho posible el hacer adquirir al niño en la cuna el conocimiento durable de esos sonidos de que se compone el lenguaje, y de sus series; he hecho aún lo posible en esa enseñanza para hacer preceder una intuición *interna* á la intuición *exterior* que pone á la vista del niño los signos arbitrarios que representan los sonidos, puesto que yo he asegurado en esto á la impresión auditiva la prioridad sobre la impresión visual, imitando á este respecto la manera de proceder de la naturaleza. Yo he facilitado además el estudio de este ramo, disponiendo en mi libro las series de sonidos de suerte que cada sonido siguiente guarda con el precedente la seme-

janza más grande y sólo se diferencia casi siempre de él por la agregación de una sola letra. Así, después de haber obtenido el aprendizaje perfecto del deletreo, paso al estudio de la *lexilogía*, á la nomenclatura. Yo presento al niño las palabras en el primer libro de lectura, en el diccionario, y aun aquí he recurrido á series que, aproximando lo más posible las formas análogas, hacen del paso á la lectura el juego más fácil y más sencillo; pues relaciono una palabra con otra agregando constantemente algunas letras nuevas á las letras aprendidas anteriormente, cuando ellas han sido grabadas profundamente en la memoria y pronunciadas correctamente. Al mismo tiempo el *Libro de las Madres*, por las intuiciones de toda especie que forman el fondo de él, enseña al niño á hablar y le esclarece el sentido de las palabras que él tiene que pronunciar.

El círculo inconmensurable de los conocimientos intuitivos de que la naturaleza da conciencia al niño, desde la más tierna edad, está dispuesto y concentrado en ese libro, siguiendo un orden psicológico. La gran ley de la naturaleza en virtud de la cual *lo próximo* se graba más profundamente en el alma del niño que *lo lejano*, se asocia con este principio tan importante para la instrucción: hacer de modo que la *esencia* de las cosas ejerza en los niños una impresión mucho más fuerte que el estado variable de ellas. Ese libro, por la concentración y el orden psicológico de los asuntos, permite al niño abrazar fácilmente el inmenso dominio del lenguaje y de las nociones intuitivas. Los objetos ais-

lados son innumerables en la naturaleza, mas sus diferencias esenciales no lo son; también los objetos mismos, cuando están ordenados según esas diferencias, se hacen fácilmente accesibles á la inteligencia del niño.

Precisamente á esos principios subordinó pues el estudio del lenguaje propiamente dicho. Mi gramática no es otra cosa que una serie de medios destinados á conducir al niño de las intuiciones oscuras á las nociones claras. Yo hago desempeñar á la escritura misma un papel en el estudio del lenguaje, y he procurado hacer concurrir al mismo objeto á todos los medios en general que me han sugerido la naturaleza y la experiencia para obtener el esclarecimiento de las ideas. Los experimentos empíricos que he establecido á este respecto me han demostrado sobre todo que nuestra enseñanza monástica, descuidando toda psicología, no solamente nos aleja de ese objeto en cada uno de los ramos de estudio, sino que aun obra en cierto modo para robarnos los medios que la naturaleza, aun cuando ella carece del auxilio del arte, nos ofrece para esclarecer nuestros conocimientos y para hacer imposible, por su acción perniciosa sobre nuestra inteligencia, el empleo de esos medios.

Amigo, sobrepuja toda creencia el grado de *anodamiento* á que han descendido todas las fuerzas positivas de nuestro continente por esa enseñanza monástica, por su dirección anti-natural y por la miseria de sus estudios aislados y mendosos. Es imposible creer hasta qué punto los medios naturales para elevarnos por la intuición á los conocimientos